casadelasaméricas

#318-319

enero-junio/2025 • Año LXIX • Órgano de la Casa de las Américas

Fundada en 1960 por Haydee Santamaría
y dirigida a partir de 1965, durante más
de doscientos cincuenta números,
por Roberto Fernández Retamar

Director:
Jorge Fornet

Subdirector:
Aurelio Alonso

Consejo de Redacción:
Luisa Campuzano
Jaime Gómez Triana
Nancy Morejón
Zuleica Romay
Caridad Tamayo Fernández
Roberto Zurbano

Editora:
Sheyla Valladares Quevedo

Diseño y emplane:
Ricardo Rafael Villares

Realización computarizada:
Roxana Monduy

Redacción:
Casa de las Américas, 3ra. y G,
El Vedado, La Habana 10400, Cuba.
Correo electrónico:
revista@casa.cult.cu
Sitio web:
www.revistacasa.casadelasamericas.org
Suscripción:
suscripciones@casa.cult.cu

Piedras ilegibles, vacío intraducible

por Derbys Domínguez Fragela

sobre *Ruta Dos*, de Daniel Calabrese
Ediciones Matanzas, 2024.

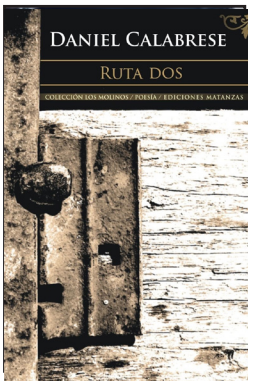
DERBYS H. DOMÍNGUEZ FRAGELA

Piedras ilegibles, vacío intraducible

Daniel Calabrese escribe sin escribir, o dicho de manera más literaria, parece que lo hace como si no escribiera. Sus poemas, directos, claros, desnudos o desadjetivados se mueven o corren, fluyen sin ruido en la página buscando desaparecer al interior del blanco silencio que es la hoja, donde, una vez leídos, sorprenden e incluso pueden asustar, gracias a la compleja sencillez alcanzada por el autor, a su destreza para decir (no diciendo) –ocultando la sustancia del objeto referido en la transparencia lograda al dividirlo a la mitad, desplazando su contenido más allá de los límites o demarcaciones que lo hacen, fuera del elemento en cuestión, desalojado de cualquier eje o sostén– sin indicar, dar explicaciones, señalar o comentar su proeza estética, el esfuerzo por abrir, con sus propias manos, las cosas que lo rodean al indagar en ellas, observando su contenido mientras las desarma, agujerea, o deshace queriendo saber de qué están hechas, en qué consisten, qué llevan dentro o las constituyen, qué son.

Una vela está encendida
desde la hora en que salió
la luna llena: 21:27.

Me propuse
una escritura en tiempo real
con libreta, bolígrafo y esos textos
que se van estancando como en una represa.



Pero en la oscuridad,
un golpe se acerca
dos milímetros por día
hacia mi cabeza

«Slow»

Se puede afirmar que, a través de la poesía, escindiendo e interceptando artefactos, Calabrese se ha especializado en captar el horror implícito en la cotidianidad, en el lívido instante transcurriendo frente a nosotros, reflejo del aburrimiento en que acontecen nuestras vidas contemporáneas, atiborradas de materiales desechables, marcas o falsas identidades, pantallas e incómoda publicidad, la absurda incongruencia de contenido y forma.

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde

«El ahogado»

Así nos entrega poemas que en más de una ocasión son –podrían ser– atroces, inoportunos o demasiado oportunos debido a la exactitud de los símbolos empleados, lo adecuado de sus formas,

la pertinencia con que enuncian, y lo certeros que son, llegando –nunca mejor dicho– a ser despiadados. No le quedan, como escritor, más opciones. El núcleo de lo que intenta poetizar, a riesgo de entrar en el campo de la antipoesía es brutal, fiero, en ocasiones inhumano, y el poeta, sin miedo, avanza ante el reto impuesto por la realidad, haciéndonos creer, a favor y en contra de la Historia de la Literatura, que esa constante aspereza de lo real –como exabrupto a examinar– es el único asunto de la poesía, y al bardo moderno no le queda más horizonte que dedicarse a narrar sombras, describiendo profundas y perpetuas noches, contando la ceniza que se desprende de la luz y brota, sin fin, al amanecer.

Ruta Dos[1] es la representación literaria de un vehículo llamado poesía, dentro del cual los restos del paisaje latinoamericano, con hombres y mujeres afectados por su condición, encuentran el reducido espacio donde fueron conminados a ser: la estrechez de un mundo oprimido que erige sus armas e interrogantes en las márgenes; allí, las palabras, instrumentos comunicativos por excelencia han quedado desprovistas de significado y acaban, por lo mismo, siendo más útiles a la poesía que a la política, a la economía, a la filosofía. El registro de la palabra como saber expulsado del campo de las comunicaciones, convertido a la fuerza en sobra o desecho que solo puede ser eficaz separado de sus antiguas etimologías y en detrimento de los demás conocimientos humanos, desterrada del logos, condenada a ser independiente es, quizás, la cumbre del poemario, su mayor conquista.

1 Fue publicado por Aguilar, Santiago de Chile, 2013; en edición bilingüe español-italiano de Fili de´Aquilone, Roma, Italia, 2015, y en la Colección Visor de Poesía, Madrid, España, 2017.

La muerte es pan de cada día.
El veintiséis de marzo, por ejemplo,
se quebró la última copa de aquel juego italiano.
Al llegar el invierno perdimos una caja
y en su vientre
se fue una antigua foto de mis padres.

La muerte es a cada momento.
Hace un año murió el perro de la casa
y recién ayer me di cuenta.

Todos los días muerte.
Un choque enterró lo que pensaba
de ciertos obstáculos.
La botella se agota y se recarga
como en los peores sueños,
se agota y se vuelve a llenar cuando
rebasamos el pequeño humilladero
que todos llevamos dentro.

«Vidas privadas»

El libro, aunque rectangular, adquiere categoría de ómnibus, la dimensión de un tren, nunca de automóvil o avión. Será porque la presencia de los demás pasajeros –transeúntes aglomerados en el mismo cubículo, atropellándose– determina, en cuestiones de compañía o soledad, el sentido del itinerario, su rumbo, la trayectoria, o porque, al no haber vuelo, mudanza o cambio de país, sino paso, caminata sobre el asfalto, en la tierra, para la piedra y el vacío –elementos fundamentales en la concepción del cuaderno y su construcción– no se han oficializado las visas pertinentes.

Si digo que el desencanto, o la amargura que profesa el autor, e incluso una especie de reticencia cívica, o para decirlo sin ambages,

de asco público ante el estado actual del mundo son el centro del libro, estaría reduciendo la incómoda, perturbadora belleza del poemario, su afilado, peligroso contenido, que hiere, de manera oblicua, lateral, como un bisturí ilustrado al intensificarse de página a página, mientras avanza la progresión de los versos, y la importancia, el impacto de *Ruta Dos* en el panorama de las letras latinoamericanas.

Aunque desde que abrimos el libro se siente la opresión dentro de la cual respira el autor, como si el día en que escribe fuera una cárcel y él, prisionero de los minutos, confesara sus inconformidades, su derrota ante invisibles fuerzas mayores a la razón, Calabrese hace de la poesía un tren al que sube su lenguaje articulado, queriendo se confunda con la velocidad del transporte y sea, más que memoria o receptáculo de los recuerdos, objeto presente, vivo; el ómnibus donde monta los dedos de sus manos buscando ordenar la desarticulada realidad para ofrecer, dentro del sistema de su escritura, un sencillo rompecabezas que solo se puede comprender si el lector sabe (o aprende a) desarmarlo.

Poesía vehicular, el cuerpo del poeta –cada una de las sensaciones, resistencias y síntomas que padece, víctima del desencanto ante el torbellino de la realidad– es el héroe del recorrido a través de las vacuidades y rocas del camino que acaba siendo la *Ruta,* filosofía del espacio, metafísica aérea que halla sus más eficaces doctrinas o estatutos pensando piedras y vacío en relación, a mitad de los cuales quedan los ciudadanos desprovistos de protección, absolutamente desamparados, semejantes a las palabras cuando son desalojadas del campo de las comunicaciones, en la más pura orfandad.

Como si el resto de los inquilinos del tren o del ómnibus le prohibieran al poeta hablar demasiado, este constriñe las voces que lo habitan, recoge su conversación, exigiéndole a las palabras que sean mínimas, pocas, escuálidas, y ocupen menos espacio del necesario. Sorprende, dentro de la puesta en escena literaria, el corroído lirismo del que se desprende o debe desembarazarse para confesar desapegos, aversiones y náuseas modernas, su aborrecimiento; la simetría descubierta por el autor entre Ver y Decir, mientras describe (poetizando) lo que mira, la similitud entre lo dicho y su referente, obligando su oralidad a un estricto perfeccionamiento.

La camisa de fuerza dentro de la cual diseña la arquitectura de cada poema y del volumen, hace que *Ruta Dos* recuerde un piso de mosaicos, compuesto por hermosas, pulimentadas lozas, que en lugar de caminar invita a ser contemplado y, debido a la precisión con que Calabrese elije las palabras y las pone en fila, aterra moverse o siquiera ubicar un pie sobre las mismas. Ese mosaico, gracias a la poesía, es (o se convierte en) un camino solo transitable con los ojos y para el pensamiento.

Los que viven a este lado de la ruta
saben de compensaciones:
cada vez que alguien pasa rumbo al Sur
anota la hora exacta
y deja caer una piedra en el vacío del ser.

Quienes viven del otro lado
conocen la polaridad:
cada vez que alguien pasa en sentido
/contrario,
de regreso,
anotan lo mismo,
pero sacan una piedra del vacío del ser.

Así unos llenan su vacío
y otros lo despejan.

Cada cierto tiempo,
los que han llenado su vacío
cruzan por el puente viejo (que era nuevo)
y esperan con paciencia
a que pasen los regresadores del Sur,
uno tras otro
hasta que el vacío es total.

«Método para calcular el tiempo»

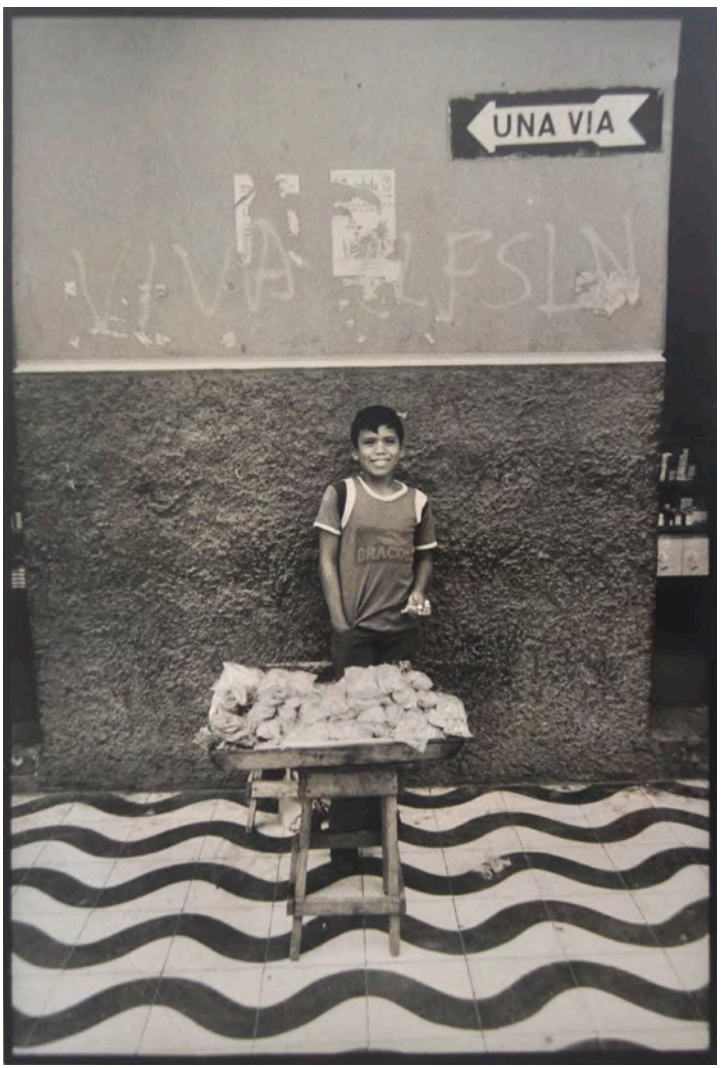
En el poema anterior (el primero del cuaderno, la puerta, el umbral hacia la ruta), cada vez que una persona, hombre, mujer, se mueve o desplaza en busca del Sur –de espaldas, contra el norte, negándolo– lanza el objeto protagónico contra el simulacro de la especie humana. Es el mismo objeto que en «Prodigio», solo una vuelta de hoja después, donde el esfuerzo desmesurado de la jornada laboral obliga a que sea llevado o se le arrastre de un lugar a otro, siendo granito o enorme pedrusco que, en su sobrepeso, acaba por ser animal, más que un saco rebosante de aguaceros, repleto de agua cayendo del firmamento; grieta antes de la Historia, eco, reflejo sin color a punto de engullir la tierra, comerse el planeta o tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.
El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales
y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar la piedra nuevamente, con los ojos cansados
y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,
brillan los motores
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

«Prodigio»

Piedras y vacío, emblemas de la geografía, son los paradigmas de cada poema. ¿Acaso no se puede entender nuestro planeta como relación entre los pedruscos y la nada? ¿Qué es el mundo, para decirlo de otra manera, sino un diálogo perene, ininterrumpido, entre roca y cielo, materia y espacio, objeto y ausencia de objeto? *Ruta Dos* –conformado por Primer tramo KILÓMETRO 207 y Segundo tramo

MAQUINARIA PESADA, antecedidos por el magnífico prólogo de Raúl Zurita, lúcido en su contundencia al llamar *límpidos, heridos y a menudo maestros* a los poemas de Daniel–, es más que un canto al binomio ser o no ser, y se define en la inteligente, sutil, profunda invitación hecha por Calabrese para que leamos (o aprendamos a leer) piedras y vacío en calidad de poemas exactos, perfectos, insuperables.

El lector cubano podrá disfrutar de una conversación constituida por treinta y cuatro guijarros que Daniel Calabrese ha sabido pulir en medio del camino, usando la vacuidad, el delicado y blanco aire que hay alrededor de las palabras, como viga o poste infalible, columna inmaterial que las sostiene. Y con esto, se abre la posibilidad de que pensemos y entendamos el afuera –realidad (humana, civilizatoria) y Natura (el gran poema de la naturaleza)– dentro del cual sucedemos, como piedras ilegibles y vacío intraducible que, gracias a la poesía y a la mano de un argentino, nacido en Dolores, el año de 1962, hablan, expresan sus contenidos, reivindican lo posible. C